



Editorial

En este número de la Revista Actualidades Investigativas en Educación, y como es nuestro propósito divulgativo, se presentan artículos de diversos contenidos. No obstante, nos llama la atención el interés por evidenciar la importancia de la formación continua del profesorado para el uso pedagógico de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC).

Preparando un recorrido por el tema, fue en la década de los noventa, cuando las TIC se promocionaban como herramientas innovadoras y responsables del cambio educativo. En ese contexto, las consideraban como una trampa del enfoque tecnológico para el personal docente, como si las TIC fuesen capaces de desplazarlo de su lugar en el aula y de su papel en el aprendizaje de sus estudiantes. De esta manera, las TIC se concebían como el único garante para resolver la entonces crisis educativa. En ese sentido, se convirtieron en sinónimo de renovación y de progreso para los centros educativos, por lo que se hicieron inversiones multimillonarias que aún hoy prevalecen. Sin embargo, y contra todas las expectativas, generaron desigualdades, y pronto se pasó a la discusión de la: brecha digital, en relación con el tema de acceso tanto de equipo como de capacidad tecnológica y de infraestructura.

Al mismo tiempo, se recalcó en la importancia de facilitar experiencias para la actualización profesional, mediante las cuales se pudiera descubrir las potencialidades tecnológicas, curriculares y pedagógicas de estos recursos. Así, se abrió el camino hacia la alfabetización digital, entendida como la primera estrategia para alcanzar la tan ansiada educación de calidad y dar respuesta a la continua crisis.

Según esta visión, las TIC debían ser aprendidas tanto por el estudiantado como por el personal docente. Se reconocía como necesario descifrar sus lenguajes para ponerlos en práctica en relación con los saberes educativos. En la medida en que estas develaban sus secretos, se gestaba una nueva amenaza para el personal docente: la brecha

generacional. Entonces, se descubre que el estudiantado es más hábil en la interacción con las TIC que el profesorado, porque el primero aprende más rápidamente, lo que agudiza el temor docente a ser reemplazado por estas herramientas en las que el estudiantado encuentra fascinación y dominio por sus interfaces, así como por sus sistemas simbólicos; mientras tanto, el profesorado no siempre mostraba suficiente confianza en las TIC.

Frente a la vulnerabilidad sentida por el personal docente, se empezaba a cimentar la creencia, cuyo sustento investigativo valida, de que no es posible prescindir de su función pedagógica, por lo que el personal docente no solo debe saber usar estas tecnologías, sino también convertirlas en sus herramientas para la mediación curricular. En una frase, es necesario que el personal docente se apropie de las potencialidades que nos ofrecen las TIC para incorporarlas con una clara intencionalidad pedagógica en el escenario de los procesos de enseñanza y de aprendizaje.

Solo catorce años han transcurrido del siglo XXI y el reto permanece. Por eso, hoy es indispensable reconocer que el profesorado no ha perdido su valor formativo y mediador en relación con la docencia y el aprendizaje. No obstante, el beneficio de las TIC no se obtiene únicamente con el hecho de saber utilizarlas, sino con el saber hacer, el saber pensar y el saber convivir en la sociedad de la información y el conocimiento. Este nuevo contexto requiere de una alfabetización informacional, mediante la cual se construyen capacidades y disposiciones para aprehender y comprender lo que el mundo de la información nos aporta para aprender y construir el conocimiento. Este es el actual desafío del profesorado al incorporar las TIC en su quehacer pedagógico.

¡Buena lectura!